



CAPÍTULO VIII.

SU ESPÍRITU DE DEVOCIÓN.

- I. Dos suertes de devoción.—Oración.—Su modo de meditar.—Efectos que en la meditación sentía.—Razón de sus sequedades.
- II. Lectura.—Misa.—Comunión.—Presencia de Dios.—Libertad de espíritu.
- III. Recreaciones.—Cuidado y empeño que en ellas ponía.—Sorpresas agradables.—Los Padres se recrean con él.
- IV. Las Academias espirituales.—La inventada por él cuán provechosa ha sido.

I.

EL Angélico Doctor, que tan adentro penetró en la substancia de las cosas, pone la devoción en la prontitud de la voluntad deseosa de hacer las obras del divino servicio. Estando el alma íntimamente unida con el cuerpo, el fervor de la voluntad redonda como naturalmente en la parte inferior, derramando por todo el cuerpo los alientos del espíritu. De aquí resultan dos afectos de la devoción: racional el uno, que es el vigor incontrastable de las potencias superiores entregadas á todo lo que es del agrado de Dios; y el otro sensible, que brota al exterior bañando el cuerpo de lágrimas y raudales de gozo. Esta devoción sensible que suele acompañar al trato íntimo con Dios, por no ser de suyo activa la niega á veces el Señor á sus siervos por altísimos fines, y se contenta con la otra devoción racional, que

por encaminarse á dilatar el espíritu, está más á mano del hombre con el favor de la gracia.

San Ignacio, gran maestro de espíritu, encarga á los suyos procuren devoción verdadera cuanto la divina gracia les comunicare, mas de tal modo hagan en ella pie, que *ora sea con muchas visiones espirituales, ora con menos, procuren andar adelante en la vía del divino servicio*. Si pues en todo hemos visto hasta aquí cuán exacta copia fué San Juan del espíritu de nuestro Patriarca, en esta parte anduvo largo y sin tasa. Tres medios empleó para avivar y conservar el fuego de la devoción: oración mental, lectura espiritual y frecuente comunión. Con la oración hablaba con Dios, y encendía su voluntad; con la lectura oía la voz de Dios é ilustraba su entendimiento; con la comunión se unía en cuerpo y alma con él.

Los dictámenes que le guiaban en el uso de la oración eran estos: *Si hago bien la oración, no habrá peligro de perder la vocación; del descuido nace el apostatar de la Compañía. Grande estima hace la Compañía de la oración, pues concede un cuarto de hora para prepararla, la visita, etc. Quien hace bien la oración, tendrá un paraíso en la tierra por la abundancia de consuelos, y otro más feliz en el cielo*. Fundado en estos principios, procedía á oponerse frente por frente á las dificultades de este ejercicio, y sabiendo por experiencia que no las trae pequeñas para lo restante del día el conceder á la disipación los primeros momentos, se esforzaba en cerrar la entrada á fantasmas que le distrajesen después.

Dada la señal de levantarse, despide de los ojos el sueño con mucha presteza; ofrece luego al Señor las primeras flores de sus gracias, respondi-

diendo regocijado: *semper Deo gratias* al Hermano despertador. Sin emperezar en el fervor sigue ocupado en algunos versículos del *Miserere*; y como restaurando el ocio del sueño, mientras se viste dispara dardos de ardientes jaculatorias al corazón de Dios; besa la sotana con efusión al tomarla; adora después la cruz de palo, y á fin de que imaginaciones extrañas no se apoderen de sus potencias, en tanto que se lava, y adereza y aseas su persona, y cuando hace y compone la cama, ocupa el pensamiento en representarse al divino Salvador sentado en trono de gloria asistido de sus santos patronos, como el Soberano Pontífice cuando le rodea su corte en días solemnes; y con esto repasa los puntos de la meditación y el fruto que pretende sacar.

Puesto después de rodillas ó en su aposento, ó en la capilla adonde acudía, dice el P. Gori, á orar antes de la meditación ¹, da gracias al ángel de guarda y al santo patrono del día anterior por el cuidado que de él han tenido durante la noche; escoge entre siete santos el patrón que toca aquel día; y para merecer su patrocinio reza un credo, la fórmula de los votos, y de la Congregación de María, que nunca dió al olvido, protestando que quiere ser hijo de la Iglesia, de la Virgen y de la Compañía. En seguida forma cuatro propósitos: 1.º, obrar á mayor gloria de Dios, en hacimiento de gracias ó en preparación á la comunión; 2.º, aplicarse con cuidado al examen particular; 3.º, no cometer pecado venial; 4.º, vivir y morir en la Compañía. Hecho esto besa tres veces el suelo y aguarda á que se acabe la media hora. Con estas prácticas anda metido en gran fervor y exhala vi-

1 Proc. rom., pág. 386.

vísimos suspiros, de forma que muchas veces, pensando estar solo y sin testigo, repite y semitona alborozado pasajes de la Escritura; pero el compañero, que está allí ocupado también en sus devociones, hace ruido, con que, atajada la voz de Berchmans, para, y se miran los dos con la risa en los labios, cubriendo Juan con el velo del carmín su pudoroso semblante. Toda esta serie de actos consta ya de sus mismos propósitos, ya también del testimonio de sus compañeros Alfaroli y Rimbaldesi¹; para que entendamos con cuánta alegría y diligencia se levantaba, y cuánto estudio ponía en apercibirse para la hora de meditación, y en el discurso de ella verse libre de distracciones.

Acabada la media hora, al toque de la campana de comunidad empieza la meditación. Toma antes agua bendita, se santigua, y entra en ella puesto de rodillas, y de rodillas permanece la hora entera². Al principio inmóvil y recogido, sin soltar un punto de la mano el cuidado de las adiciones; al paso que cree el fervor se le enardece el semblante; á veces, no pudiendo reprimir las avenidas de dulzuras, desahoga el pecho en ardorosos afectos, tan recios que despiertan al compañero, si tal vez por razón de salud se hubo de levantar más tarde. Acecha éste en despertando, y ve escapados á su recato los suavísimos besos que con inefable ternura estampa en la Virgen que tiene colgada en la pared. ¡Cuántas veces le sorprendieron á hurtadillas despidiendo como destellos de gloria de aquel rostro beatífico hecho ascua y rizando los arreboles de sus mejillas con la sonrisa del cielo³!

¹ Proc. rom., páginas 427-454.

² Proc. rom., pág. 390.

³ Proc. rom., pág. 427.

Y es así que quien no ambicionaba vuelos subidos ni vías nuevas, alcanzaba por el camino común, trazado por San Ignacio, un sosiego de contemplación que no le daba lugar á distracciones, y aun le hacía de marmol á los asaltos de importunos insectos. Regalábanle el Señor y su santa Madre amorosamente como á hijo muy querido, con la leche de la devoción. Parte de esta dulcedumbre podrá rastrearse por lo que dijo al P. Ceparí: *Padre, el día 18 de Diciembre, sábado, el Señor me sumergió en un piélago de paz*¹. Palabras harto breves para nuestra curiosidad, pero revelan bastante los singulares favores del cielo.

Lo peregrino y extraño es que, al decir del Padre Ceparí, el don de la oración le alcanzó por el modo ordinario de orar que usa la Compañía. Porque penetrado del espíritu del Santo Fundador hacia gran caso de las adiciones, reglas y avisos que se enseñan, para bien meditar, en el libro de los Ejercicios, de cuya pauta nunca quiso salir. *Juan*, dice Luis Orlandini, *pidió al P. Berletti, maestro de novicios de San Andrés, una práctica de meditar que en el noviciado se usaba, y la tenta en mucha estima, porque, según decía, era conforme á nuestro Instituto y á los Ejercicios de San Ignacio*². No se acostaba sin tomar antes los puntos y sin disponer los propósitos, afectos y fruto. *Era diligente*, dice Marcelo Spinelli, *en preparar la meditación, y cuando le acaecía tener ocupado en otra cosa aquel tiempo, ibase á la cama más tarde por no dejar de prepararla*³. Aplicaba á los puntos las tres potencias, considerando personas, palabras y acciones, y sacando de

¹ Ceparí, *Vita*, part. II, § XVIII.

² Proc. rom., pág. 422.

³ Proc. rom., pág. 412.

todo para su alma provecho. Terminada la oración, se levantaba al punto, hacía examen de ella, y anotaba brevemente el fruto, con las luces y propósitos que Dios le había comunicado, en un todo según los consejos del Santo Fundador.

Pero si eran frecuentes las dulzuras de su oración, no dejaba de cegársele el manantial de cuando en cuando, ni de verse en manos de desconuelos terribles. Unas veces poníasele el sol, y eclipsada su luz quedábase en tenebrosa noche; aquí se sentía forzado á exclamar: *emitte lucem tuam et veritatem tuam*. Otras se le secaba y evaporaba el riego de la devoción, y hallábase cual huerto sin agua; y á la manera que la tierra cuando está sedienta se abre y hace bocas como pidiendo lluvia del cielo, el alma de Juan, suspirando por el rocío de la consolación, repetía: *redde mihi laetitiam salutaris tui*. Y si á los Antonios, Bernardos, Franciscos, Teresas, Catalinas se les ponía á veces el cielo de bronce y parecía no habitar Dios en él; para quien acostumbraba beber á pechos el néctar de los deleites divinos, no era sino cáliz muy amargo la falta de la devoción, y más cuando no hallaba de su parte motivo para tan penosas ausencias.

Pero como lo fino de la virtud esté en sufrir á Dios, y á sí mismo por Dios, bien se vió lo acrisolado de la suya. Lejos de desmayar ó remitir del fervor, se resignaba al desconuelo, y buscaba infatigablemente el divino beneplácito, corriendo con la misma velocidad por la senda del bien cuando se la sembraban de espinas que cuando se la alfombraban de rosas. *Cuando Cristo se aparta de ti, alma mía, y quedas desolada no te turbes, porque vendrá el Señor y no tardará. Váyanse los ojos tras Cristo que huye; y si sin-*

quieres inclinación á deleites del mundo y de la carne, dale voces: ¿Señor, dónde iremos? Vos tenéis palabras de vida eterna. Así espoleaba el fervor, abandonándose en las manos de Dios. Testificó el P. Marcos Van Doorne, confesor suyo de algunos meses, que, *en la meditación era privado á veces de la devoción sensible; pero perseveraba constante en ella sin dejarse abatir por el hastío*¹. En esto se vió que era ejercicio á que la divina bondad quería someter la fidelidad de su siervo para después coronarla. *Recuerdo, dice el P. Cepari, haber observado muchas veces que aunque el pobre Hermano sentía en gran manera verse en sequedad y desolación, por estar hecho á la leche de los divinos regalos, me daba parte del estado de su alma con palabras sentidísimas que me movían á compasión. Pero no obstante, en lo más recio de la pelea mantenía paz de espíritu y gran conformidad con la voluntad de Dios. Dectame: in desolatione magnam sensi quietem animi*².

¿Qué razón daremos de esta singular providencia del Señor con su siervo? El P. Cepari, con su discreto juicio, no descubrió otra más que esta. Después de asentar que fue prueba enviada de Dios, dice: *dispuso su adorable providencia ausentarse á tiempos de él, porque llevado de tanta dulcedumbre no viniese á perder la salud del cuerpo, gastada ya por los esfuerzos de su actividad.* Pero comoquiera que fuese, baste á nuestra edificación pensar que así lo ordenó la divina majestad para conducirle por el camino más ordinario, y para que viéramos todos clara-

¹ Proc. rom., pág. 479.

² *Vita*, part. II, § XVIII.

mente que no dependía de esas ayudas de costa la solidez de su virtud, por ser cosa muy sin duda que los efectos sensibles de la devoción son parte muy accidental de la santidad; la substancia más bien consiste en la perfección de las virtudes místicas. Mas aunque estaba pronto á servir á Dios á secas y sin consuelo, no quedaba por él poner esforzada diligencia en buscar la devoción. Solía decir con donaire, que en los triduos de renovación y en los Ejercicios anuales proveía con cuidado á su necesidad, llenando bien las alforjas para tener luego de que comer cuando se viese alcanzado de pan ¹.

De lo dicho podemos inferir que la oración mental del Hermano Berchmans no pasaba los límites de la común y ordinaria. Era meditación por discursos y aplicación de las tres potencias conforme la enseña San Ignacio en los Ejercicios Espirituales. *Algunas veces*, dice Rimbaldesi, *en tiempo de oración tenía en las manos el librito de las reglas, y leía un rato; paraba y tornaba á leer*. Aunque diga el P. Cepari que alguna vez gozaba de suma paz sin asomo de distracción, aunque el mismo Rimbaldesi declare que le vió *encendido como un querubín, vuelto el rostro á la imagen de la Santísima Virgen y besándola ternísimamente* ²; con todo eso, ningún confesor ni testigo se alargó á reconocer en él grado ninguno de contemplación mística, de las que califican la alta unión con Dios, sin embargo de que el P. Cepari en particular estaba muy curtido en el arte de dirigir almas y le asistía luz de Dios para discernir los dones sobrenaturales.

No diremos que San Juan dejase de tener hijos

¹ Proc. rom., pág. 531.

² Proc. rom., pág. 427.

los ojos como águila divina en el Sol eterno, que eran sus amores; pero ese era fruto de sus diligencias, y pasajero las veces que le gozaba, á lo sumo podría llamarse oración de recogimiento que junta y fija las potencias en Dios con fervorosos y encendidos deseos. Pero aquellos grados de la unitiva contemplación (como son: silencio espiritual, en que se quedan asombradas las potencias delante de Dios sin trabajar ni discurrir; oración de quietud, que infunde en el interior suavísimo sosiego derramándose tal vez por los sentidos del cuerpo el olor de la divina presencia; embriaguez de amor, que causa en el alma deleitables júbilos que la hacen dar en delirios y santas locuras como tomada del divino mosto; centella de amor, que tocando al alma la aviva y abrasa en deseos y ardentísimos afectos; sueño espiritual, que sume y adormece la voluntad y potencias en los brazos del amado sin entender cómo ama; sed y hambre de amor, con que siente el alma como de lejos la amabilidad divina y le causa desmayos y bascas mortales; toque sobrenatural, con que gusta á su Dios con vivísimo deleite, probando una participación de todas las cosas divinas), todos estos modos de contemplación sin discurso, encumbrados y maravillosos, de que trata la mística teología, y han sido comunes á muchos Santos, dejando ahora los excesos mentales y vuelos del espíritu, arrobamientos, deliquios, visiones, transformaciones, enlaces espirituales; ninguna de estas operaciones fué familiar á San Juan Berchmans, según consta de los Procesos; disponiéndolo así Dios, con inefable providencia, pues trazaba dar al mundo un tipo de santidad que más pudiera servir de modelo para la imitación que de prodigio para la admiración y entusiasmo.

II

EL segundo medio que usaba para alimentar el espíritu era la lectura de libros santos. Este substancioso manjar engendraba en su alma celestes sentimientos, y era pasto á su corazón con el sabor de las divinas verdades. Todo el tiempo disponible gastaba, si no en oración, en libros de santa lectura. *Conserveré, dice, suma afición y me dedicaré á la lección espiritual.* Cuando le daba jaqueca, hallaba remedio infalible en un libro devoto. El tiempo que consagraba cada día era corto; por ajustarse á las prescripciones del Instituto contentábase con media hora, por lo común al anochecer, pero ponía todo su conato en alargarla siempre que le era posible. En las vacaciones mayores y días de asueto leía el Kempis por espacio de una hora entera: los domingos pasaba toda la mañana parte en otras devociones, parte en leer obras ascéticas; las del P. Diego Alvarez de Paz, tan llenas de unción, eran las de su especial gusto. Hablando de libros, solía decir que si los había muy buenos en todas partes, pero los compuestos por Padres de la Compañía alimentaban con más provecho su espíritu.

Materia sabrosísima le suministraban los Anales de la Compañía y Vidas de Santos. La flaqueza de su pecho le impidió leer en primera mesa; pero el deseo de aprovechar le deparó la de los enfermos, adonde acudía, como arriba se notó, para leerles á ciertas horas. El día que servía en refectorio, renunciaba facilmente á la segunda quiete por dar aquel rato más á la lectura. El fruto que

de ella sacaba era un conocimiento grande de la vida espiritual. Llegó á decir un Padre que le trató, no conocía persona que poseyese tan á fondo, como este devoto estudiante, la ciencia de la perfección religiosa.

Fría y seca hubiera sido su devoción á no mantenerse con frecuencia del sabroso maná del cuerpo y sangre de Cristo, que es alegría de los ángeles. *Alimentaré con cuidado el amor que Dios me ha mostrado por medio del Santísimo Sacramento: le visitaré cinco veces al día por lo menos, y los jueves haré en honra suya pública penitencia. Los domingos hablaré de él en la recreación.*

Tenía grande inclinación á oír y ayudar misas. Su ingenioso fervor le sugirió varias maneras de oírla con diversidad de actos en que ejercitarse durante el Santo Sacrificio, sin descansar en su actividad y devoción, desde el principio hasta el fin. Siempre le hallaban pronto para ayudar á misa ¹, por larga que fuese, ó por achaques que tuviese el Padre que la decía. El P. Secco, profesor de Teología declaró que tenía escrúpulo de celebrar con tan poca devoción cuando le tocaba por acólito el Hermano Juan ². Era incomparable el recogimiento y diligencia con que ministraba en el altar. Solía decir que no aprobaba la humildad de aquellos que bajan los ojos cuando se alza á Dios en la Misa, porque estaba persuadido que se comunican abundantes gracias á los que tienen fijados los ojos en la Hostia sacrosanta ³.

Pero en la sagrada Comunión es donde se regalan las almas, y donde tenía la suya por empalagoso todo terreno manjar. Para mejor lograr los

1 Proc. rom., pág. 546.

2 Proc. rom., pág. 591.

3 Proc. rom., pág. 484.

soberanos efectos del Sacramento, se preparaba con sumo cuidado, pues podía con él mucho más la solicitud de disponerse debidamente, que no de comulgar á menudo: en esta parte llamaba tibieza en un religioso á lo que en un seglar pasa por devoción. Así, no siendo en días de asueto dueño de espacio y sosiego bastante para contentar sus ansias, por tener que salir pronto de casa, prefería abstenerse de comulgar; y eso que no se le escapaban de las manos las ocasiones de llegarse á la sagrada mesa ¹.

A los escolares se lo permite el Instituto rara vez fuera de domingos y fiestas, atento á las graves ocupaciones de los estudios que absorben el hombre todo; para él, que suspiraba con vivo afecto por la posesión de su Amado, eran días de pascua las fiestas más insignificantes; y así pedía comunión con frecuencia si debía quedarse en casa. *Esta semana perdemos una comunión*, decía con sentimiento cuando alguna fiesta venía á caer en domingo. Variaba según los tiempos los modos de preparación y acción de gracias, como vimos en otro lugar, porque de esta suerte no iba á menos su fervor ni caía en la languidez que suele traer la rutina cuando no va acompañada con la variedad de ejercicios para mejor ejecutar la obra. Imitando á San Luis, gastaba los tres días precedentes en abrasados y ardorosos deseos de recibir al Señor, por medio de comuniones espirituales en la misa y visitas: los tres días consecutivos los ocupaba en fervorosos himnos y nacimiento de gracias.

¶ Pero no hay lengua para declarar los afectos que experimentaba al recibir el Pan del cielo.

¹ Cepari, *Vita*, parte II, § XIX.

En el momento de entrar la sagrada Hostia en su boca, deseoso de resarcir las injurias de los herejes contra este augusto Sacramento, hacía con todo el afecto de su corazón este acto de fe: *Consiento que el príncipe de los demonios me arrebathe en cuerpo y alma si lo que tengo en la boca no es el cuerpo real y verdadero de mi Señor Jesucristo* ¹. Después, recogiendo las potencias y sentidos, se regalaba con su amado Jesús. Allí eran los castos abrazos, allí las tiernas caricias, allí las amorosas quejas, allí los ósculos santos. En su rostro encendido se traslucían los ardores del volcán que le abrasaba las entrañas. Pero calle la pluma lo que pasaba por aquel gran corazón, cuando ni veía, ni sentía, ni sabía lo que pasaba en su derredor, y para despertarle del letargo espiritual era menester avisarle y llamarle con violencia. La suspensión de sentidos daba bien á conocer á los ojos de todos que había recibido la carne viva de Jesucristo, y que más que en sí propio vivía en el corazón de su amado Jesús. Por esto solía decir que después de comulgar sentía en su alma lo que después de comer suele quedar en el cuerpo, acrecentamiento de fuerzas y vigor extraordinario; y que al revés, la semana que se le pasaba en ayunas de este divino manjar, hallábase al cabo de ella como extenuado y alcanzado de fuerzas, con una hambre de Dios que no se le apagaba sino comulgando ².

Ilustrada esta fogosa alma con los rayos de santas lecturas, caldeada con los ardores de la oración y cebada con el pan sobresustancial del cuerpo y sangre de Cristo, andaba empapada en devo-

¹ Proc. rom., pág. 554.

² Proc. rom., pág. 280.